

PRÓLOGO

En el año del Señor de 1320 una terrible hambruna se abatió sobre Francia.

Nadie podía imaginar, ni en sus peores pesadillas, lo que estaba a punto de suceder. Durante años, las cosechas habían sido excelentes, los campesinos podían alimentarse por sí mismos y producir un modesto excedente para el mercado. La nobleza conservaba su poder e influencia en la corte, donde los sucesivos monarcas hacían gala de una opulencia cada vez mayor.

Hasta que llegó aquel invierno de nieve, soledad y frío.

Un viento gélido y desconocido azotó el país de norte a sur, y las nubes cubrieron el cielo de malos presagios. Después llegaron las lluvias, tan fuertes y copiosas que asolaron todo a su paso.

Algunos barrios de París cercanos al Sena se inundaron y las casas que todavía permanecían en pie fueron demolidas. Más al sur, el Garona destruyó varios molinos a su paso por Toulouse. En Rouen, las raíces del trigo enfermaron y el heno se pudrió en los graneros. Las inundaciones acabaron extendiéndose por todo el país, tanto en Artois como en Auvernia, en Poitou o en Champaña, Borgoña, Valois, Normandía y hasta en la Isla de Francia.

Numerosos charlatanes recorrían pueblos y ciudades, asegurando que no volvería el verano. Con estos augurios apocalípticos, sembraban la desesperación en gentes débiles e ignorantes. Alarmado, el rey hizo público un decreto, prohibiendo la entrada de esos predicadores a los templos y ordenando a senescales y prebostes que los detuvieran para interrogarles bajo tortura.

Pero todo fue inútil.

En los campos, muchos siervos abandonaban a sus amos y se refugiaban en sus casas. Preferían devorar los restos putrefactos de las cosechas, que regalárselo a los cuervos.

La víspera de Ramos, el obispo de Orleans organizó una procesión para rogar a Dios por la salvación de las almas, aunque la respuesta de los feligreses fue tan fría como el clima, como las puertas cerradas de las casas, como las miradas ariscas... Sus pasos resonaban solitarios, ausentes,

con un eco doloroso en las losetas heladas de las calles. Los pocos que acudieron, escuchaban en silencio, pero al salir de las iglesias se encerraban en húmedas cabañas, alimentándose de centeno negro en descomposición.

Muy pronto se inició el caos y los primeros enajenados recorrieron las calles. Hombres, mujeres y niños, hasta entonces buenos cristianos, abandonaron sus casas y vagaron por los montes como perros lastimeros. Lanzaban blasfemias y se despojaban de sus ropas, como si un fuego infernal los abrasara. La locura se extendió y familias enteras se entregaron a las peores aberraciones. Nadie era capaz de evitar esa diabólica epidemia, que contagiaba por igual a nobles, siervos y villanos.

El senescal de Tours hizo colgar a una veintena de ellos ante la iglesia de Saint-Sernin, pero aquello tampoco logró detener el torrente de lujuria y desenfreno que se había desencadenado. En Orleans se castigó a tres comerciantes por vender harina, hecha a base de polvo de huesos humanos. En el barrio parisino de Santa Catalina, un matrimonio se comió el cadáver de su hijo. A pocos pasos de la torre de los Inocentes, un vagabundo fue decapitado y su carne troceada, para repartirla entre los vecinos, que la devoraron cruda para no llamar la atención por el olor a carne cocida. Cuando se les acusó de cometer ese horrendo crimen, uno de ellos confesó: “No me arrepiento de nada. La carne humana es algo más insulsa que la del cerdo, pero ha saciado nuestros estómagos.”

Las autoridades golpearon con puño de hierro y el orden se mantuvo a base de castigos diarios y juicios expeditivos. Las horcas situadas en la calle Sadi Leiconte no daban abasto, y el preboste ordenó situar un retén de arqueros para evitar que los familiares pudieran llevarse los cuerpos.

Los nobles acaudalados tampoco se salvaron de la hambruna. Muchos de ellos se vieron obligados a vender sus tierras y pasaron a engrosar las filas de indigentes. Con los pies envueltos en trapos para protegerse del frío, acudían a las puertas de los conventos. Tras una larga espera, se les llevaba una olla oxidada con deshechos. Había peleas y hasta muertes por conseguir un poco de médula, unas tripas de pato o una miserable hoja de col.

A los recién nacidos se les abandonaba en el pórtico de las iglesias y catedrales. Pero nadie quería hacerse cargo de aquellas criaturas, y los pocos que eran rescatados corrían el peligro de acabar en el interior de

alguna humeante olla. Hubo madres que prefirieron ahogarlos en el río antes que dejarlos morir de hambre.

Los carpinteros, demacrados y sin fuerzas, clavaban ataúdes sin descanso. En los cementerios las tumbas eran profanadas a plena luz del día en busca de algún objeto de valor. Ricos y pobres, que hasta entonces habían descansado en lugares separados, reposaban juntos eternamente.

Todos se preguntaban qué estaba sucediendo y por qué Dios los había abandonado a su suerte.

Se escuchó un sonido intermitente, al principio apenas perceptible; un zumbido suave en el aire. Los hombres detuvieron sus tareas y miraron al cielo, con rostros tensos. El sonido, iba y venía, como si lo transportase el viento. Era un sonido grave y gutural, que se hacía cada vez más fuerte.

De repente un rayo atravesó el cielo, con una luz cegadora que hizo temblar la tierra. La gente cayó de rodillas, señalando hacia el cielo y juntando las manos para rezar, mientras un bramido gutural llenó el aire con advertencias de condena.

El ángel de la muerte anunció su presencia envolviendo al cielo con su gélido aliento. Se escuchó el sonido metálico de su guadaña y su risa de ultratumba propagada por el eco; como un soplo lejano que azotaba a la humanidad. Para él no había ricos ni pobres; humildes o poderosos; jóvenes o ancianos.

Fatalmente puntual, descendió para cumplir fielmente los designios de Dios.

PRIMERA PARTE

“No penséis que he venido para meter paz en la tierra: no he venido para meter paz, sino espada. Y los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama padre o madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama hijo o hija más que a mí, no es digno de mí. Y el que no toma su cruz, y sigue en pos de mí, no es digno de mí.”

(Mateo 10:34)

CAPÍTULO 1

Playa de Normandía, 4 de abril 1320.

El predicador mantenía la vista clavada en la cima de la montaña. Permanecía en pie sobre el acantilado, con los brazos abiertos y la cabeza en alto, como si quisiera enfrentarse a los enfurecidos elementos.

Hacía frío. Un viento húmedo azotaba el océano con violentas ráfagas, lanzando olas grises que se estrellaban contra las rocas.

Las campanas de la abadía repicaron. Lo hicieron con tanta fuerza que la tierra pareció temblar bajo sus pies. El predicador dirigió su mirada hacia la vieja torre y observó a un monje tras la ventana. Se colgaba alegremente del badajo, con las piernas hacia arriba y la sotana caída sobre el pecho.

Lo miró con desprecio. Después, aguardó pacientemente a que finalizara el santo oficio.

Año tras año, la abadía de Saint Michel atraía a un mayor número de peregrinos. Y en aquella ocasión los fieles eran una verdadera legión. Por el sendero que descendía hasta la playa se veían antorchas, figuras negras que se movían con lentitud y ruidos de tambores que ensordecían aquel lugar. Las oraciones y los cánticos brotaban de sus almas como una oda majestuosa. Algunos se tendían para besar la tierra y otros esperaban una milagrosa curación a sus enfermedades.

El predicador los observó atentamente y trató de imaginar quiénes de ellos estarían de su lado. Sonrió. Todos le parecían ignorantes. No dudó, ni por un instante, que aquél era el regalo apropiado para su misión. Un aura de fuerza y determinación cobró vida en su interior, y su mente se llenó de visiones, de mundos de fantasía y seres inimaginables.

Al principio, los recién llegados no prestaron demasiada atención a sus palabras. Pasaron a su lado mirándolo con expresiones de miedo y curiosidad.

Con el rostro desfigurado por el esfuerzo, el predicador alzó la voz y levantó las manos al cielo. Poco a poco, los feligreses se fueron acercando. En sus rostros se adivinaba cierta expectación pero también un profundo recelo.

Sentados sobre las rocas, pescadores, campesinos, ganaderos y pastores lo observaban con inquietud. “¿Quién es este hombre?, se preguntaban. No le habían visto nunca por aquellos parajes. Presentaba el aspecto de un veterano de guerra: fibroso, esbelto, con el pelo y la barba de un rubio tan intenso que parecían albinos. Sus ojos azules brillaban con una enorme luminosidad; con una fuerza que imponía el respeto a todo el que se le acercaba.

Nadie lo sabía, pero aquel predicador era un desertor de la orden de San Benito. Un fraile renegado que había renunciado a someterse a la autoridad religiosa de sus superiores.

Se llamaba Guiard de Cressonement.

Cuando vio que la multitud empezaba a reunirse a su alrededor, el orador se dirigió a ellos con toda la fuerza de su voz.

—Hermanos, debemos dar gracias a Dios —dijo—. He venido de lejanas tierras para anunciaros un prodigio. Os aseguro que anoche fui testigo de una aparición.

La expectación aumentó repentinamente entre la multitud, como lava de un volcán en erupción. El predicador agitó los brazos con tal energía que parecía batir las olas que se arremolinaban tras él.

—Al igual que sucedió hace siglos en el mar de Galilea, cuando Jesús caminó en medio de una tormenta, algo maravilloso sucedió ayer en esta misma playa.

La fuerza de aquel desconocido imponía un silencio angustioso. Nadie osaba quebrarlo. Los niños miraban hacia arriba con ojos maravillados y dedos en la boca.

—No puedo precisar en qué momento de la noche ocurrió todo —explicó—. Sólo sé que me desperté, aterido de frío. En medio de la oscuridad más absoluta vislumbré un diminuto punto de luz que, poco a poco, aumentó de tamaño.

Uno de los campesinos lo interrumpió bruscamente:

—¿Estabas despierto o se trataba de un sueño?

Se oyeron algunas risas apagadas, pero Guiard no dudó en su respuesta.

—Estaba tan despierto como tú y yo lo estamos ahora.

—Entonces, ¿no era un sueño?

—¡Era real! Estoy seguro de que ocurrió. Como os he dicho, el punto fue creciendo hasta convertirse en un resplandor, que inundó por

completo el lugar donde me hallaba. Su brillo era tan intenso que tuve que cerrar los ojos.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Ante mi asombro, una presencia comenzó a tomar forma.

—¿Qué era? —la pregunta había brotado espontáneamente de los labios de una mujer.

—No os lo vais a creer.

—¿Qué era? —insistió otra mujer, vivamente interesada.

—¡Un ángel! —la voz de Guiard se escuchó en toda la explanada.

Los campesinos contuvieron la respiración, llenos de temor.

—¿Estás seguro de lo que acabas de decir? —preguntó un anciano, sentado cerca de ellos.

Guiard asintió con el rostro serio.

—Por supuesto que lo estoy. Ese ángel me dijo: “mira esta cruz que sostengo entre mis manos. Es el símbolo de Cristo, que murió por todos vosotros. Debes llamar a tus hermanos, predicar este mensaje e iniciar una nueva cruzada que llegue hasta el Santo Sepulcro. No permitas que las dificultades te impidan ver la luz. Si las vences, tendrás en tus manos la clave que te permitirá desvelar un secreto por el que muchos han dado la vida”.

La muchedumbre se sobrecogió. Hubo algunos murmullos y se escuchó el llanto de una criatura.

—¿Estás seguro? ¿Eso fue lo que te dijo? —preguntaron, sin atreverse a contradecirlo.

—Sin la menor duda.

—¿Recuerdas algo más?

—El ángel se envolvió en una gran llamarada y desapareció. Después caí al suelo y me desmayé. Al despertar todo había quedado sumido en las tinieblas.

Por un instante hubo en el lugar un maravilloso silencio. Para Guiard, aquel mutismo era exquisito. La miríada de nubes sobre Mont-Saint-Michel, los altos edificios de la abadía, sus fachadas color rubí resaltadas por la luz, la negrura del fondo del mar, la multitud susurrante y quieta como el agua a punto de hervir... todo ello penetró en el fondo de su alma y pareció otorgarle un atisbo de poder, que muy pronto lo invadiría por completo.

Se acercó a ellos y les mostró su antebrazo derecho. Todos pudieron ver una cruz grabada a fuego sobre la piel.

—Esta cruz es el símbolo de Jesucristo, que saldrá de nuevo de su sepulcro y os salvará. Es el signo que ha de reunir a los hijos del Señor. Llevadla sobre vuestros hombros o sobre vuestro pecho, y que brille en vuestras almas.

Súbitamente aparecieron unos puntos rojizos sobre la cicatriz. Eran gotas de sangre. Se escuchó una voz entre la multitud:

—¡Son estigmas! ¡Dios se ha revelado ante nosotros!

El hombre que hablaba vestía como un clérigo. Era calvo, de poca estatura y con el aspecto de un vagabundo. La piel de su rostro era amarillenta y su cuerpo era de tal delgadez que a más de uno le pareció distinguir su alma entre las costillas.

—Mi nombre es Jacques —se presentó—, y os aseguro que yo también he sido testigo de este milagro. El hombre que tenéis delante es el elegido para conducirnos a la salvación.

Varias mujeres se santiguaron, murmurando una plegaria.

—¡Es la señal de Cristo!

—¡Un milagro!

Guiard miró al clérigo y sonrió. Luego avanzó unos pasos hasta llegar a un promontorio cubierto de hierba, desde donde se contemplaba una espléndida vista del mar. El acantilado descendía hasta fundirse con las olas rompientes situadas más abajo. Apoyó los pies en un saliente gris y escabroso y señaló hacia el horizonte.

—¡Contemplad el océano! Es la senda sagrada que guiará nuestro destino. Os aseguro que muy pronto alcanzaremos Jerusalén, donde Cristo murió por nosotros.

Un remolino de murmullos invadió la multitud. Muchos se santiguaban; otros ocultaban el rostro tras sus manos. ¿Sería cierto lo que anunciaba aquel predicador?

Alguien quiso poner en duda sus palabras, pero Guiard parecía tener respuesta para todo.

—Amigo, he ofrecido mi sangre para tu salvación. ¿Cómo vas a rechazarla? Te aseguro que el Juicio Final ya ha llegado, pero aún hay tiempo. Recuerda que el Señor es piadoso y no dudes que esta cruzada es algo más que una insensata aventura. Es una decisión que ha de tomar Dios y no nosotros, ignorantes humanos.

Cuando el sol se ocultó tras el horizonte, los feligreses regresaron meditabundos a sus casas. Dormirían con la certeza de alcanzar una nueva vida, un mejor futuro para ellos y para sus hijos. Seguir a aquel desconocido no era algo tan arriesgado. De todos modos, no les quedaba allí más que una vida de hambre y miseria.

Aquella noche apenas se veían estrellas en el cielo. Tan sólo la luna llena servía de improvisado lucero a los dos predicadores. No soplaban viento, pero los largos y rizados cabellos de Guiard se agitaban, impulsados por una fuerza misteriosa.

La cena fue frugal. Echaron mano de las escasas provisiones que guardaban en las alforjas, se sentaron sobre unas rocas y comieron en silencio. Guiard contempló un par de gaviotas que sobrevolaban en círculo sobre la orilla y después fijó los ojos en su acompañante. Jacques devoraba un trozo de pan ácimo con tal ansia, que parecía no haber comido en semanas.

Observó a aquel estúpido petimetre. ¡Cuántas veces se había arrepentido de acogerlo a su lado! Jacques era glotón, borracho, vago, sodomita, incestuoso y ladrón. ¡Ni una sola virtud para compensar tantos vicios! Era necesaria mucha gracia de Dios y una gran generosidad para continuar junto a aquel despreciable clérigo. A pesar de ello, Guiard sabía que Dios lo había enviado junto a él por algún motivo.

—No podía haber ido mejor, ¿verdad? —Jacques habló con la boca todavía medio llena, y una lluvia de migajas repugnantes cayó al suelo.

Guiard permaneció en silencio, como si no hubiera escuchado nada.

—Los muy idiotas se lo han tragado todo. Hasta el truco de los falsos estigmas ha funcionado... ¡Los hemos engañado!

—¡Calla, infeliz!

—Pero... ¿qué pasa? ¿Por qué te pones así?

—Esos hombres están faltos de pan. La lluvia ha malogrado sus cosechas y el hambre se ha introducido en sus estómagos como larvas del diablo. La necesidad les obligará a convertirse en bestias feroces. Perseguirán y matarán a mercaderes, a burgueses, e incluso a los nobles que les cortan la mano por entrar en sus bosques. La cruzada será un golpe brillante, una obra maestra. Liberaremos Jerusalén, la más sagrada de las ciudades; el lugar donde Jesús murió por nosotros. Pero con eso no basta. Debemos ir más allá y lograr retos más importantes.

—¿Más importantes? —repitió Jacques—. ¿De qué estás hablando?

—Hablo de abandonar esta vida tan miserable. De unir nuestras fuerzas y reclutar a bandoleros y mercenarios para formar una impresionante masa de gente, dispuesta a morir por el Señor.

A Jacques la idea de la muerte no le pareció tan absurda.

—Hay herejes por todas partes —continuó Guiard—. La Iglesia está asediada. Obispos, cardenales y abades se corrompen por el afán de riqueza, y los curas de pueblo sufren a causa de su propia ignorancia. Sin embargo, estoy convencido de que la cristiandad puede renacer de sus propias cenizas; volver a brillar con la gloria de Dios.

Tras la conversación, Guiard observó en silencio los fuegos de la cercana aldea de Pontorson. Sabía que en cada casa hablarían de él. Lo sabía. Era parte del plan que había maquinado a su alrededor. Dejó que sus sentidos se ampliaran: pudo escuchar débiles voces y sentir el latido comunitario de la aldea. Se apoyó en un viejo poste que servía de embarcadero a los pescadores y aspiró una profunda bocanada de aire fresco. El control del momento era exquisito y el destino de aquellas gentes se encontraba en sus manos. Sí, aquella playa desierta se había convertido en el lugar donde nacía su reinado.

A la mañana siguiente, cientos de campesinos acudieron al lugar donde ambos habían pasado la noche. Todos eran hombres creyentes y temerosos de Dios. Habían visto a otros predicadores que llevaban el mensaje de la salvación, pero aquél era diferente.

Guiard los vio llegar y sonrió, al comprobar que sus palabras habían sembrado el fervor en aquellos jóvenes espíritus. ¡Qué poco había costado convencerlos! ¡Crear que Dios los había escogido a ellos, pobres campesinos, para liberar Tierra Santa de las garras de los infieles!

Los aprendices abandonaron los talleres, los pastores dejaron los establos vacíos, las sirvientas a sus amos y los pescadores sus barcas. Ya no tendrían que ir a las posadas para implorar la caridad de sus dueños; ni roer los huesos que se arrojaban al estiércol. Tampoco acudirían a los conventos, donde ya no quedaban monjes que les ofrecieran la caridad con la que antes contaban. Los campos se habían convertido en lugares yermos e insalubres y los animales habían muerto de inanición.

Se fueron solos y con las alforjas vacías en el extremo de sus cayados, dispuestos a afrontar esa peligrosa aventura. Por el camino

muchos jóvenes se unieron a ellos. Las madres se oponían a la marcha de aquella hija, de quien decían era tímida; de aquel muchacho obediente que ayudaba a sus padres; de aquel clérigo imberbe... pero todo era inútil. ¿Quién podría negarse a luchar por aquel sueño? Huir de la miseria, ambicionar riquezas y hallar en Tierra Santa aquello que jamás habrían imaginado: oro, perfumes, finas sedas, brocados, lugares de ensueño bajo un cielo siempre claro.

Hacia medio siglo que un rey francés había encabezado la última cruzada. Con la muerte de Luis IX, los sueños de conquistar Jerusalén se habían esfumado para siempre. Pero ahora Guiard despertaba sus anhelos místicos y los conducía victorioso hacia la Ciudad Santa.

Durante la travesía por Normandía, Picardía y la Isla de Francia, todavía albergaban buena reputación. Las campanas de los pueblos resonaban y llamaban a la oración, mientras se escuchaba: “¡Pan para los cruzados!”. Las ventanas se abrían de par en par y la gente dejaba sus pequeñas limosnas, salían a recibirlos, los cobijaban en sus casas y les ofrecían ropa y alimentos.

Al cabo de tres semanas habían alcanzado el gran meandro del Sena y el extenso bosque de Rouvray, coto de caza preferido del rey. A lo lejos se hacían visibles las torres de Notre Dame.

Ignorantes y fanáticos, todos juntos, se dirigían al asalto de París.

CAPÍTULO 2

Fortaleza de Chinon, 27 de abril.

—¿Por dónde entraremos?

—Por la muralla —la mirada de Bernat Guerrer se perdió en aquella fortificación de anchos muros y gruesas torres.

—Pero... las paredes son lisas y no hay donde agarrarse —replicó el joven Hubert.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Y entonces?

—Las escalaremos con cuerdas.

Bernat abrió el manto y le mostró la soga que llevaba enrollada a la cintura.

—Superaremos la muralla por la parte más próxima a nuestro objetivo —dijo.

—¿Por dónde? —insistió Hubert.

—Por la torre oeste, junto a la capilla de santa Melania.

La imponente muralla que dominaba la orilla opuesta inspiraba un respeto considerable. Escalar aquella fortaleza parecía imposible y, sin embargo, Bernat Guerrer se mostraba tranquilo y seguro de su plan.

—¿No hay otra manera de conseguirlo? —titubeó Hubert, que no dejaba de hacer preguntas.

—Tranquilo. Todo irá bien —respondió el templario, tratando de ahuyentar los malos pensamientos de su acompañante.

—Señor, con mi peso jamás conseguiré trepar esta muralla.

—En ese caso, entraré yo solo. Tú ya te has arriesgado demasiado acompañándome hasta aquí. Será mejor que regreses a tu casa.

—¡Por la Sangre Divina! —exclamó Hubert—. No os dejaré solo.

—¿Acaso no te he pagado por tus servicios?

—Sí, señor... ¡Y muy bien, por cierto! Pero no se trata de eso.

—¿Entonces?

—Veréis. El estar aquí, con vos, me parece... ¡tan emocionante! Nunca imaginé vivir una aventura así.

—Eres muy joven y vivirás otras aventuras. No lo dudes. Pero ahora, vuelve con tu familia. Esto no es un juego.

Hubert bajó la cabeza, apretó los labios y respondió:

—De acuerdo señor, haré lo que decís. Confío en que logréis regresar sano y salvo.

—Y yo también, no lo dudes.

—¿Sabéis a qué os arriesgáis si os atrapan? Os decapitarán y vuestra piel colgará en la plaza como escarmiento público.

Aquellas palabras tan duras no amedrentaron a Bernat Guerrer. Estaba acostumbrado a actuar en situaciones más angustiosas. Fue entonces cuando se preparó para asaltar la fortaleza. Cogió la sogá con el garfio envuelto en un trapo, dispuesto a acertar a la primera.

Unos pasos resonaron al otro lado de la muralla, justo por encima de sus cabezas. El templario hizo un gesto con el dedo para que Hubert guardara silencio.

Con la espalda apoyada en la muralla y los pies firmemente plantados en el suelo, Bernat alzó la cabeza hacia aquella altura vertiginosa. La respiración agitada en su pecho no le traicionó.

“Vamos, vamos... aléjate”, pensó.

Fueron momentos de enorme tensión, hasta que el centinela se alejó y sus pasos se perdieron en la lejanía. El templario hizo suaves molinetes con el garfio, lo lanzó y la cuerda se elevó en el aire hasta alcanzar el muro. En ese instante la campana situada en la torre sonó cuatro veces.

Hubo un sonido extraño, como el de una espada al chocar contra una piedra. Bernat Guerrer tiró de la cuerda hasta tensarla, trepó ágilmente y al coronar el muro, lanzó la sogá hacia el otro lado.

—Que Dios os proteja —susurró Hubert.

Bernat Guerrer le hizo un gesto amistoso y a continuación se descolgó por la pared, hasta llegar a la base del patio interior.

Todo parecía estar en calma. Avanzó con precaución, cruzó el espacio descubierto de la plaza de armas y llegó hasta el sendero empedrado que rodeaba la iglesia.

De nuevo se escucharon unos pasos.

“¡Maldición!”, se dijo.

Se lanzó contra la pared de manera brusca y contuvo el aliento. Si alguno de los soldados lo descubría, era hombre muerto. Un centinela había prendido la antorcha y llegó hasta la pared lateral de la capilla, medio

adormilado. Bostezó y fue arrastrando la espalda contra el muro, hasta quedarse sentado.

De pronto se oyó un crujido.

El guardián se asustó, echándose hacia atrás con un movimiento brusco. Trató de aferrar su espada, pero una voz conocida resonó:

—¡Tranquilo! Soy yo.

Apareció otro soldado, iluminado por la temblorosa luz de una antorcha.

—¡Maldito cabrón! Me has asustado...

—Ya veo —respondió su compañero—. Por lo que parece, éste es un excelente puesto de observación.

—Sí. Un lugar magnífico. Desde aquí se domina todo el río.

—Claro... ¡perfecto para echar una cabezadita! ¿Verdad?

—Oye, pero... ¿a ti qué te pasa?

—¡Eres un idiota! Si te quedas dormido, el conde nos cortará la cabeza.

—¡Bah! Yo me conformaría con una miserable soga —bromeó.

—No me hace ninguna gracia. El conde ha dado órdenes de reforzar la vigilancia. No sé qué demonios está pasando, pero si cometes algún error los dos nos jugamos el cuello.

—No me vengas con estupideces. Esta fortaleza es inexpugnable.

—Órdenes son órdenes. ¡Cumple con tu obligación!

Tras la breve discusión, los pasos de los soldados se perdieron en direcciones opuestas. Bernat esperó un breve instante. Después caminó de puntillas hasta alcanzar la base del torreón y descendió los cinco peldaños para entrar en la iglesia. Bajo una repisa se hallaba un bloque grisáceo lleno de verdín; parecía el fragmento de la piedra de un antiguo molino. Alargó la mano, introdujo dos dedos en el diminuto agujero y sacó una llave.

“Gracias, Jean-Claude”, se dijo, con una sonrisa. “Ahora estamos en paz.”

A continuación abrió la puerta, con tal sigilo que la llave apenas rechinó en la cerradura.

Entró en la nave de la iglesia con pasos lentos y medidos. Las llamas de los cirios encendidos sobre el altar titilaban como dedos nerviosos y alargaban su sombra por todo el interior. Volvió la espalda al deambulatorio y halló a sus pies una lóbrega escalera de caracol. Avanzó

lentamente con pasos calculados. Lo había ensayado varias veces, pero aún así sentía las piernas inseguras.

Descorrió los cerrojos de la pesada puerta claveteada y entró en el despacho. Examinó todo lo que veía, registrando hasta el menor detalle.

Al fondo de la estancia colgaba un elegante armario de dos cuerpos, que había servido para guardar apuntes financieros y otros documentos del obispo. Este mueble había sido vaciado. Lo descolgó de las escarpías y al acercarse observó algo extraño en la pared. La golpeó suavemente con los nudillos y escuchó un sonido hueco.

“¿Será tan fácil como parece?”, pensó.

En efecto, sucedió como él había imaginado. La falsa losa se desprendió de la pared y en su interior halló una arqueta de madera. Forzó la cerradura con rapidez y extrajo un rollo de pergaminos.

Algunos documentos llevaban el sello del obispo, e incluso del papa; otros, ni siquiera eso. Había también apuntes que no contenían más que nombres y cantidades inventariadas. De repente, sintió un escalofrío.

—¡Lo conseguí!

Desenrolló el pergamino y lo observó detenidamente, pero aquél no era el mejor momento para entretenerse en su lectura.

Volvió a doblar el documento y lo guardó bajo la saya. Tenía las palmas sudorosas y la boca seca. Percibía cada nervio y cada músculo, e incluso el frenético impulso de la sangre en sus sienes. Tras ascender por la escalera de caracol, llegó de nuevo a la plaza de armas y caminó silenciosamente hasta el lugar por donde había trepado.

La cuerda seguía allí. Por fortuna, nadie se había dado cuenta de nada.

Al ascender por el muro le temblaron las manos. Aunque ya no era un jovencuelo para ir trepando alegremente por las paredes de una fortaleza real, se alegró de poder hacerlo aún.

Se deslizó por la cuerda como un gato, dio un pequeño salto y se ocultó entre unos matorrales. Estaba agotado y su respiración era agitada, pero el aire fresco que procedía del río le ayudó a recuperar el aliento.

Lo había logrado.

De repente, la sonrisa se le congeló al escuchar unos gritos de auxilio. Era la voz de Hubert.

“Estúpido campesino... ¡dije que te marcharas!”

Tres soldados lo habían descubierto agazapado tras unos arbustos.

Había tratado de huir, pero uno de los centinelas le había cortado el paso hacia el río. El pobre Hubert estaba acorralado.

Bernat Guerrer pensó que aquel muchacho era un imbécil y lo maldijo varias veces. Observó que blandía una pequeña navaja; un juguete que solía esconder en las botas para defenderse de los rateros, pero su actitud no era nada intimidatoria.

—¡Estás atrapado! Ríndete o acabamos contigo —le amenazaron los soldados.

A Hubert le costó muy poco dejarse convencer. Dejó caer el cuchillo al suelo y levantó los brazos. Estaba atemorizado.

Bernat empezó a sudar de manera descontrolada... ¿qué debía hacer en aquella situación? ¿Salir a campo abierto y sorprenderlos? Difícil. Eran tres contra uno, ya que no contaba con la ayuda de Hubert. Solamente podía confiar en sus fuerzas, bastante menguadas por el cansancio.

Se le pasó por la cabeza abandonar a aquel desgraciado, pero ese pensamiento se desvaneció rápidamente. “Juro combatir la injusticia y socorrer a mi prójimo”, aquella frase tan rotunda la había dicho treinta años atrás ante su maestro, Ramón Saguada.

Sabía que un caballero templario no abandonaba jamás a sus hermanos en el campo de batalla. Sin embargo, Hubert ni siquiera pertenecía a la Orden. Era un simple guía, un campesino que lo había acompañado hasta las puertas del castillo.

Justo en aquel instante tuvo un terrible presentimiento: ¿y si no lo mataban? De hecho, le extrañó que los centinelas no hubieran acabado ya con la vida de aquel infeliz. Tal vez estuvieran jugando con él; torturándolo antes de cortarle el cuello.

Pero, ¿y si lograba salir vivo?

Lo atormentarían sin piedad para lograr una rápida confesión. Tal vez un rápido vistazo al taller del inquisidor fuera suficiente para que cantara.

Sí. Tarde o temprano, Hubert lo delataría.

Tenía que actuar. No podía arriesgarse a que su misión fracasara.

—¡Basta! —se dijo—. ¡El Temple ya no existe! ¡No hay regla! ¡He de luchar por mi vida!

Cogió el arco que llevaba colgado a la espalda, tomó la flecha con dos dedos y la colocó en la cuerda. La tensó. Calculó la distancia con la mirada firme y movió la mano para apuntar.

—“*Deus lo vol*” —exclamó.

Disparó como hacen los buenos arqueros y la flecha fue derecha y rápida. Los soldados oyeron un extraño zumbido sobre sus cabezas. Algo silbó en el aire, con el sonido rasgado de una hoja metálica al clavarse en un tronco. La varilla penetró profundamente en el cuerpo de Hubert y le atravesó el pecho.

Uno de los guardianes ahogó un grito y se tiró al suelo, asustado. Los otros corrieron a refugiarse tras la maleza y empuñaron las espadas, mientras gritaban:

—¡Alarma! ¡Alarma! ¡Nos atacan!

Hubert había caído al suelo y sujetaba la flecha con desesperación, pero la sangre se escapaba entre sus dedos.

Su aventura había terminado.

Los soldados miraron hacia el lugar de donde había salido la flecha, pero no vieron a nadie. Desde las aspilleras se escucharon gritos y en el interior del castillo las voces de alarma habían despertado a todos, incluido el conde de Senlís.

Con un último vistazo a la fortaleza, el templario desapareció, dejando que la oscuridad lo acogiera con los brazos abiertos.